

que debe respetarse la catedra de Moisés, por malas que sean las obras de los doctores y fariseos que la ocupan; mas estos ensobrecidos, y por lo mismo debilitados, sucumbian á la tentacion de aborrecer á la cátedra en ódio del que en ella preside; y como si la malicia de los hombres pudiese destruir lo que es obra de Dios, la aversion con que miraban á los doctores les hacia aborrecer tanto la doctrina que enseñaban, como la potestad de enseñar que habian recibido de Dios.»

«Observa Bossuet que los albigenses, los valdenses, Wiclef y Hus, que eran de esta clase de reformadores, para hacer caer en sus lazos á las almas sencillas, les inspiraban desprecio y ódio de los pastores de la Iglesia. Y como el furor, la acrimonia y las invectivas contra el clero, llegaron al último extremo en tiempo de Lutero, llegó tambien la rotura y la apostasia á una violencia y rápida extension tal vez nunca vistas. Refiere despues los principios de Lutero, sus calidades, su nuevo dogma de la justicia imputativa y de la justificacion por la fé, las contradicciones en que cae Lutero sobre esta materia, su extraña doctrina de que pelear contra el turco era resistir á la voluntad de Dios que queria castigar á los pueblos cristianos, su aparente sumision al Papa, su furor é increíbles excesos desde el punto en que el Papa le condenó, su desprecio de la autoridad de la Iglesia, su pretendida mision extraordinaria, los ridiculos milagros y profecías en que le apoyaba, sus bufonadas y extravagancias, y el espíritu de sedicion, y violentos saqueos que inspiraban las *prédicas* de los nuevos evangelistas. «El Evangelio, dice, inspiró á los primeros cristianos el mas humilde respeto y sumision á las potestades legítimas, aunque enemigas de la fé, y un celo verdadero que á las persecuciones mas injustas, lejos de oponer las armas y la fuerza, oponia solo una invencible paciencia. Digan, pues, cuanto quieran los nuevos reformadores, que los católicos son perseguidores injustos. Aunque así fuese, si ellos querian reformar á la Iglesia sobre el modelo de la Iglesia apostólica, no debian inspirar mas que rendida sumision, y el tranquilo sufrimiento. Pero fué muy al contrario. Erasmo que los observó desde el principio, decia: *Los veo salir de sus prédicas con aire fiero, y vista amenazadora, como gentes que acaban de oír sangrientas invectivas, y discursos sediciosos. Es este un pueblo evan-*

*gético, siempre pronto á tomar las armas, y tan bueno para pelear como para disputar.* ¡Cuantas veces al acabarse los sermones de Lutero y demás pretendidos reformadores, corrian los oyentes á saquear las casas de los eclesiásticos, sin distincion de buenos y malos, y á apoderarse con violencia de los templos, y profanarlos, ó hacer pedazos las imágenes de Jesucristo, de su Madre Santísima, y de los Santos! Los sermones de San Pablo, y de los verdaderos predicadores del Evangelio jamás han inspirado tal casta de celo, ni contra los peores sacerdotes de los ídolos, ni contra los mismos ídolos.»

«En el libro segundo de las variaciones se contienen las de Lutero sobre la transubstanciacion, el modo grosero con que explicaba la real presencia, y el ridiculo error de la *impanacion*, adoptado por Osiandro. Se trata despues de la ruidosa division entre Lutero y Carlostadio, y de los excesos de orgullo y extravagancia de Lutero con este motivo. Lutero habia impugnado la conversion de substancia en la Eucaristía: Carlostadio impugnó además la presencia real. Lutero no pudo sufrirlo; y de aquí nació entre los protestantes la que se llamó *guerra sacramentaria*, cuya declaracion es digna de memoria. La refiere Bossuet como se halla en las obras de Lutero, y en los historiadores protestantes, y con estas palabras: «Al salir del sermón de Lutero, fué Carlostadio á buscarle en la posada del Oro negro, donde estaba. Allá despues de hablar de otras materias, y de haberse excusado Carlostadio como mejor pudo sobre la sedicion de la ciudad (de Orlemonda), declaró á Lutero que no podia sufrir su opinion de la presencia real. Lutero en tono de desprecio le desafió á que escribiese en contra; y le ofreció en premio un florin de oro. Saca el florin del bolsillo, y Carlostadio le mete en el suyo. Se tocan la mano el uno al otro, y prometen hacerse buena guerra. Lutero bebe á la salud de Carlostadio, y de la bella obra que va á publicar. Carlostadio corresponde, y se sopla el vaso lleno; y así quedó declarada la guerra á la moda del pais á 22 de Agosto de 1524. El despido de los combatientes fué memorable. Ojalá te vea yo en el patíbulo, dijo Carlostadio á Lutero. La respuesta fué: Ojalá te rompas el cuello antes de salir de la ciudad. El recibimiento no habia sido mas lisonjero. A solicitud de Carlostadio, Lutero al entrar en Orlemonda fué re-

cibido á pedradas, y casi cubierto de lodo. Tal es el nuevo Evangelio. Tales los hechos de los nuevos apóstoles.» Hace despues memoria el autor de la parte que tuvo Lutero en las guerras de los anabaptistas, y rebeliones de los aldeanos: del casamiento de Carlostadio y de Lutero: de la disputa de éste con Erasmo sobre el libre albedrío, y de las horrendas blasfemias de Lutero en esta materia.

«Habla de Zuinglio, y de sus errores, en especial del de contar entre los santos hasta á Numa, padre de la idolatría romana, á Caton que se mató á sí mismo, y á Hércules y Teseo adorados como ídolos. Se extiende sobre las disputas de los Zuinglianos y demás sacramentarios contra Lutero, y hace sobre ellas esta observación: «En esto se ve la diferencia que hay entre las doctrinas inventadas de nuevo por autores particulares, y las que vienen naturalmente por el canal de la tradicion. La conversion de substancia por sí misma se habia extendido por todo el oriente y occidente, introduciéndose en todos los entendimientos con las palabras de Nuestro Señor, sin ocasionar jamás ninguna perturbacion, y sin que los que la han creido hayan sido jamás notados por la Iglesia, de novadores. Cuando se quiso impugnarla, y abandonar el sentido literal con que habia pasado por toda la tierra, no solo permaneció firme la Iglesia, sino que los mismos contrarios han peleado en su defensa, luchando unos contra otros. Lutero y sus secuaces probaban invenciblemente que es menester mantener el sentido literal; y Zuinglio con los suyos probaban con igual eficacia, que el sentido literal no puede subsistir sin la conversion de substancia.

»De esta manera los dos partidos solo convenian en que mutuamente probaban el uno al otro, que la Iglesia que ámbos habian abandonado, tenia mas razon que cada uno de ellos. De aquí se sigue claramente que la interpretacion de los católicos que admiten la conversion de la substancia es la mas natural y la mas sencilla: no solo porque es la que sigue el mayor número de los cristianos, sino tambien porque de los dos que la impugnan, el uno que es Lutero no la impugna sino por un espíritu de contradiccion, y por no ceder á la Iglesia, y el otro que es Zuinglio, conviene en que si es preciso admitir con Lutero el sentido literal, lo es tambien

admitir con los católicos la conversion de substancia. Los zuinglianos se excedian hasta decir que ni el mismo Dios podia hacer que el cuerpo de Jesucristo se hallase á un mismo tiempo en muchos lugares. Y Lutero se arrojó á otro exceso, pretendiendo que el cuerpo del Señor se halla necesariamente en todo lugar, por estar unido con la divinidad que está por todo. A este error se dió el nombre de *ubicuidad*; y contribuia con otras extravagancias al descrédito de la nueva reforma, que entre la gente de juicio ocasionaba por sí misma la nueva division.

»En efecto, esta sola disputa entre los dos partidos derribaba del todo el fundamento de uno y otro. Creian ambos que todas las disputas pueden terminarse con la sola Escritura, y no querian otro juez; y todo el mundo estaba viendo que disputaban sin fin sobre la misma Escritura, y cabalmente sobre uno de los lugares que debian ser mas claros, pues se trataba de un testamento. Gritaban el uno al otro: *Todo está claro, y no es menester mas que abrir los ojos.* Y conviniendo en esta evidencia de la Escritura, Lutero no hallaba cosa mas audaz, ni mas impia que abandonar el sentido literal, y Zuinglio no hallaba cosa mas absurda, ni mas grosera, que seguirle. Erasmo á quien unos y otros querian ganar, solia decirles como todos los católicos: *¿No apelais todos vosotros á la pura palabra de Dios, y no creeis ser sus verdaderos intérpretes? Convenios, pues, primero entre vosotros mismos, antes de querer dar la ley á todo el mundo.* Habla despues Bossuet de cuando los luteranos trataron de armarse en 1528, del nombre de protestantes que tomaron el año siguiente, y de los inútiles esfuerzos que hicieron algunos para reunir á ambos partidos, y con esto se acaba el libro segundo.

»El tercero trata de las primeras confesiones de fé de ambos partidos. «Melancton, el mas elocuente y el mas moderado de los discípulos de Lutero, extendió la confesion de Augsburgo, y despues la apología, la cual debe reputarse tambien obra no de un particular, sino de todo el partido. El artículo décimo de la confesion, que trata de la Eucaristía, se halla impreso de cuatro diferentes maneras en obras y ediciones auténticas. En unas se explica la presencia real con mas energía que en otras; y en algunas se incluye el error de la permanencia de la substancia del pan y vino, que

en otras se calla. En la apología no se contentó Melancton con explicar la presencia con la expresion de *verdadera y substancial*, sino que añadió: que Jesucristo se nos dá *corporalmente*, y que esta es la creencia *antigua y comun, no solo de la Iglesia romana, sino tambien de la griega*. Y es de advertir, que en prueba alega el cánon de la misa griega, en que el sacerdote pide claramente que *el propio cuerpo de Jesucristo sea hecho por la conversion del pan, y unas palabras de Teofilact*, arzobispo de Bulgaria, en que dice *que el pan no solo es una figura sino que es verdaderamente mudado ó convertido en carne*. De manera, que de tres autoridades que cita Melancton para confirmar la doctrina de la presencia real, hay dos que afirman la mutacion de substancia, que él niega.

»En la misma dieta de Spira en que los luteranos presentaron la confesion de Augsburgo, presentaron otra cuatro ciudades del imperio, y otra Zuinglio. Aquella la compuso Bucero, el cual era muy fecundo en expresiones equívocas, y meditaba siempre medios de acomodamiento para reunir los partidos. Todos estos eran en cuanto á la Eucaristía defensores del sentido figurado; aunque parece no habian de tener dificultad en explicar su opinion, la cual nada tenia de difícil á la razon humana: sin embargo no variaron menos en sus confesiones de fé, que los protestantes defensores del sentido literal. Y es que como las palabras de Jesucristo hacen naturalmente en el espíritu una grande impresion de presencia real, se veian precisados á buscar expresiones que se pareciesen á la real presencia, aunque les diesen sus interpretaciones figuradas; y de aquí vinieron en sus catecismos y confesiones tantas expresiones ambiguas, que parecen poder aplicarse al sentido literal. Solo Zuinglio habló claramente, y dijo en su confesion de fé: *que el cuerpo de Jesucristo después de la ascension no está en el cielo, ni puede estar en otra parte; y que en la cena está como presente por medio de la contemplacion de la fé, pero no en realidad, ni en su esencia.*»

»Observa el autor: «que en la confesion de Augsburgo y en la apología se reprueba la doctrina de Lutero contra el libre albedrío; y que todos los cargos que se hacen á los católicos sobre materias de justificacion y gracia son meras calumnias: de manera que si los luteranos quieren estar á lo que entonces abrazó todo el parti-

do, é informarse bien de lo que dicen los católicos sobre estas materias, será fácil en esta parte la reunion. Hace ver entre otras cosas, que en la apología se establece el mérito de las buenas obras: que se reconocen las obras satisfactorias: que se cuentan entre los santos no solo San Antonio y los monjes de los primeros siglos que llevaron una vida tan austera, sino tambien San Bernardo, Santo Domingo y San Francisco: que se enseña la necesidad del bautismo de los niños para que se salven; y que pueden perder la justicia los que han sido justificados. Nota algunos errores de los luteranos sobre la justificacion; y que confiesan que es menester conservar la absolucion particular: que debe condenarse el error de los Novacianos: que la absolucion es un verdadero sacramento; y que con ella se perdonan los pecados, no solo respectó de la Iglesia, sino tambien en la presencia de Dios.»

«En el libro IV se hace memoria de la liga de los protestantes, y de un breve escrito de Lutero, que puso en combustion á toda la Alemania. «Hasta entonces, clamaba siempre Lutero, que no debian tomarse las armas para defender su nueva iglesia: queria darle este carácter del antiguo cristianismo; pero no era posible ser constante en esta doctrina. Así mientras quo los protestantes trabajaban en hacer la liga de Esmalkalda, Lutero declaró que aunque hasta entonces habia constantemente enseñado que no era lícito resistir á las potestades legítimas: con todo ahora adheria á las máximas de los jurisconsultos, y que en tiempos tan tristes seria posible que la conciencia obligase á los fieles á tomar las armas, y á formar alianza contra todos los que les quisiesen hacer la guerra, y aun contra el mismo Emperador. Melancton sentia mucho esta mudanza de Lutero, que hacia tan poco honor á la nueva reforma. Tambien los zuinglianos opinaron por las armas, y el mismo Zuinglio murió en un combate. Entonces fué cuando Bucero trabajó mucho para reunir á todos los protestantes, valiéndose de expresiones equívocas; y supo engañar á Lutero, que se persuadió que los sacramentarios cedian en cuanto á la presencia real, porque llegó Bucero á concederle, que aun los que no tienen fé, reciben verdaderamente el cuerpo de nuestro Señor. Así llegaron á admitir todos el convenio llamado de Witemberg, que debe mirarse como un documento auténtico reconocido por ambos partidos.»

»Lutero en 1537 hizo una nueva declaracion de fé en los artículos llamados de Esmalkalda: en los cuales habla del Papa con el mas extraño furor, y pone entre los artículos sobre que nunca puede cederse: *que la Iglesia puede y debe subsistir sin cabeza, y que el Papa es el verdadero anticristo*. Melancton aunque suscribió los artículos de Lutero, y su complacencia ó miedo le hicieron admitir muchos sobre que tenia fuertes reparos: con todo en continuacion de su firma, añadió: *En cuanto al Papa, mi voto es que si quiere recibir el Evangelio, para la tranquilidad de los que están ó estarán bajo su obediencia, podemos concederle la superioridad sobre los obispos, que ya tiene por derecho humano*. Era Melancton de su natural hombre sincero, y habia condenado mas que nadie toda expresion equívoca, ficcion ó disimulo en materias de fé. Sin embargo, asegura Calvino que en la primera asamblea de Ratisbona, en que se trataba de la union de los católicos con los protestantes, *Melancton no menos que Bucero componian varias fórmulas de fé equívocas y seductivas, para ver si podrian dejar contentos á sus contrarios sin concederles nada.* Pero las disposiciones particulares de Melancton, y el modo con que se halló empeñado en un mal partido con buenas intenciones generales, y como perseveró en él, á pesar de las mas violentas agitaciones, son la principal materia del libro quinto.

«Con este motivo observa el señor Bossuet: «que los herejes no siempre son hombres sin religion, ó sin costumbres. Segun San Gregorio Nacianceno suelen ser de grandes talentos, porque las almas débiles son tan inútiles para el mal como para el bien. Mas estos grandes talentos son al mismo tiempo génius ardientes é impetuosos, que toman las cosas de la religion con ardor excesivo: esto es, con un falso celo con que lo llevan todo por extremos, mezclando con la religion un soberbio mal humor, una audacia indómita, y los antojos de su propio espíritu. Suelen tambien aparentar una regularidad honesta de costumbres, sin la cual ¿como subsistiria la seducccion que tantas veces predice la Escritura?» Explica nuestro autor, como se dejó arrastrar Melancton al partido de Lutero; y como conoció despnes que los grandes progresos de la nueva secta, que al principio le parecieron indicios de que era obra de Dios, nacia de causas reprecensibles, y producian efectos

lastimosos. «Se lamentaba Melancton de que los pueblos, que de tropel abrazaban el nuevo Evangelio, no buscaban la doctrina, ni la religion, sino la independencia y libertad ó desenfreno. Preveia que quitada la administracion ó autoridad de los obispos, se trastornaba enteramente la Iglesia. En efecto, se vió luego en las nuevas iglesias una insubordinacion ó anarquía asombrosa; ó tambien una servil sujecion á los magistrados seculares, que se arrogaban la autoridad que se negaba al Papa. El mismo Lutero creyó que no podia visitar las iglesias de la Sajonia sino como enviado del príncipe.

«Por otra parte mientras que no se hablaba sino de los progresos de la reforma, era fácil observar que la reforma verdadera, ó la enmienda de costumbres, no adelantaba. Erasmo, que habia tratado á tantos de las nuevas sectas, aseguraba que no habia visto á ninguno que en ellas no hubiese empeorado en vez de mejorarse: «¿Qué raza evangélica es esta?, decia: Jamás se ha visto gente mas licenciosa, ni mas sediciosa: nada menos evangélico, que estos pretendidos evangélicos: quitan los ayunos, vigiliyas y rezos, con pretexto de que son supersticiones farisaicas: si quiera substituyeran en su lugar algo de mejor, y no como ahora, que se hacen epicúreos por no parecer judios. Todo es extremos en esta reforma: se destruye en vez de reparar: se incendia la casa para quitar sus inmundicias. Entre tanto las costumbres son abandonadas, el lujo, los excesos, y los adulterios se multiplican mas que nunca: no hay regla, ni disciplina.» Melancton pasó toda su vida en gravísimas incertidumbres sobre la religion, y sin atreverse á explicar lo mismo que sentia.

«Crejó ver la verdad de una parte, y la autoridad legítima de la otra. Estaba enamorado de la opinion de la justicia imputativa; pero no tenia la menor esperanza de que el colegio episcopal adoptase nunca una doctrina tan nueva. Así la autoridad que amaba como legítima, se le hacia odiosa, porque se oponia á lo que él aprendia como verdad. Confesaba que las opiniones en la antigua Iglesia no deben admitirse: confesaba tambien que en los escritos de los antiguos no se halla su predilecta opinion de la justicia imputativa. Sin embargo no sabia abandonarla. Conoció con el tiempo los particulares inconvenientes de este nuevo error;